

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el 26 y 27 de san Mateo, en el 14 y 15 de san Márcos, en el 22 y 23 de san Lucas, y en el 18 y 19 de san Juan.

La Iglesia usa del texto de san Mateo en la pascion del día de Ramos. Del día de san Márcos en la del martes Santo. Del de san Lucas en la del miércoles, y del de san Juan en la del viernes. No se ponen las traducciones literales con motivo de hallarse en todas las Semanas Santas que están en castellano: solo si resta que advertir que el contenido del § 1.º corresponde al capítulo 11 del Evangelio de san Juan, y se lee en el Evangelio de la misa del viernes de Pasion. El del § 6 al capítulo 13 del mismo san Juan, y se lee en el Evangelio de la del jueves Santo; el de los §§ 7, 8 y 9 corresponde á los capítulos 16 y 17 del propio Evangelista, y se lee en las misas de las Dominicas 3.ª, 4.ª y 5.ª después de la Pascua de Resurreccion, en la vigilia de la Ascension y en otros varios, cuyas traducciones se omiten por evitar complicaciones que siempre causan confusion.



CAPITULO XXVII.

RESUCITA JESUCRISTO DE ENTRE LOS MUERTOS, Y LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO HUYEN POSEIDOS DE TEMOR Y ESPANTO: APARECE EL MISMO DIA, PRIMERO A SU MADRE, DESPUES A MARIA MAGDALENA, LUEGO A LAS PIADOSAS MUGERES, Y POR ULTIMO A LOS DISCIPULOS QUE DESDE JERUSALEN MARCHABAN A EMAUS.

Desde las seis de la tarde de la feria sexta, esto es, pocos momentos antes del principio del sábado y de la Pascua, hasta la aurora de la primera feria, esto es, de nuestro domingo, permaneció el cuerpo de Jesús en el sepulcro, saliendo de él victorioso y triunfante de la muerte. Los soldados puestos por la Sinagoga velaban cerca de él, y el Eterno Padre, en cuyas manos su amado Hijo había puesto su alma, la volvió á unir á su divino cuerpo. Jesucristo, que en medio de las afrentas y dolores de su pasion, y de las ansias y agonias de su muerte, no había dejado ni por un solo instante de ser Hijo de Dios, que dejó su alma porque quiso, que la volvió á tomar porque le plugó, y porque así convenia á la majestad

y á la gloria del Hijo único de Dios, gozando ya de una vida nueva, no trastornó ni removió para salir del sepulcro la piedra grande que cerraba su entrada, penetrándola con la virtud propia de los cuerpos gloriosos, y dejando los lienzo en que habia sido envuelto, se alejó del lugar de su sepultura. Si nada mas hubiese que meditar en este misterio, desde luego podiamos adoptar el pensamiento de san Gerónimo, perfumándonos con aromas exquisitos y llenando nuestros corazones con unguentos suaves y olorosos como la Esposa santa, para salir á recibir al Rey celestial y triunfante [1], y coronarle con la diadema de honor y de gloria, con la que se coronó su propia Madre en el día de la principal alegría de su corazón; pues ya pasó en efecto el invierno de la mas negra y recia tempestad, y amaneció el día claro y pacífico de la verdadera dicha, de la ventura y de la paz, que hizo el Señor para que todos nos alegremos y regocijemos en él.

Pero siguiendo esta misteriosa alegoría, fuerza es convenir en que no es solamente el tierno arrullo de la tórtola ni la suave caricia de la paloma lo que en la tierra se oye; y aunque florecieron ya las viñas y esparcieron su grato olor, aunque brotó la flor de la vida y dió el fruto copiosísimo de la redencion, aunque tras negra y tormentosa noche apareció de nuevo el Sol hermoso que se habia eclipsado en la cruz, y aunque apareció resucitado ya en su gloria el Esposo que cerca de tres días habia dormido bajo de su sombra para despertar los que dormian en el sueño de la muerte, se excitó un grande terremoto en sus contornos. Los ángeles del Señor que tan amargamente habian llorado sobre los horrores de la muerte del Hombre-Dios, se apresuraron en prepararle el camino para la manifestacion de su gloria, y para que fuese tan terrible y espantosa como habia sido aquella, la manifestacion de su triunfo; por lo que dijo san Agustin [2]: Después de las burlas y los azotes, después de las espinas y la cruz, después de los clavos y los brevajes de hiel y vinagre, y por fin después de la muerte y del descendimiento á los infiernos, vino la resurreccion, tan gloriosa y magnífica, cuanto

[1] Div. Hieronim. in cap. 16 Marc.

[2] Div. August. Serm. de Resurret.

afrentosa habia sido aquella. Las mismas criaturas insensibles que se habian conmovido en su desgracia, se conmovieron tambien al ver su magnificencia y su gloria; y al revolverse la gruesa piedra que cerraba el sepulcro, al ver centellantes los ojos del Ministro celeste que sobre ella se sentaba, y al contemplar que sus miradas despedian rayos que iluminaban las estancias oscuras y á todos ellos aterraban, cayeron unos como muertos, y otros huyeron poseidos de pavor y espanto á dar á los miembros de la Sinagoga la nueva fatal que no esperaban. No podia suceder otra cosa. El aspecto del ángel era semejante al de un relámpago que aterra y deslumbra, y sus vestidos blancos como la nieve turbaban la vista con su resplandor.

Mientras los judíos huían despavoridos del sepulcro y daban á los ministros de la Sinagoga la noticia que no esperaban; mientras las Marías preparaban los aromas para ir muy de mañana á visitar el lugar á do se dirigían todos sus afectos para ungrir de nuevo otra vez á su Maestro, llegada la hora, deja Jesús la compañía de los justos á quienes habia alegrado, y va á consolar y alegrar antes que que á ninguna otra criatura de las vivían en la tierra á su amantísima y afligidísima Madre. De esta aparicion nada dicen los Evangelistas; pero ella tiene en su apoyo todas las consideraciones imaginables. San Bernardo dice: Que María por ser Madre de Jesús merecia mas con él que todas las demás criaturas; porque en ella no habia faltado jamás la fe de su divinidad, por consiguiente ni la esperanza cierta de su resurreccion; y así cuando las otras Marías se dispusieron para ir al sepulcro, ella quedó sola, no tanto porque estaba debilitada y casi enteramente desfallecida por la pena, cuanto porque no quiso ir á buscar al viviente entre los muertos. Le apareció antes que á las demás, porque como era la que mas habia padecido, á ella se debían, segun el órden de caridad y de justicia, los primeros y los mas grandes consuelos. Oraba María, resignando cada vez mas los afectos de su voluntad en las manos del Padre, uniéndolos incesantemente á los de la de su Hijo, derramando lágrimas de compasion y ternura, y de repente le aparece el Hijo triunfante y glorioso, vestido con los bellísimos vestidos de su glo-

ria, el mas bello y agraciado entre todos los hijos de los hombres; en el instante se troca toda su pena en contento, todo su llanto en gozo, toda su tristeza en alegría, y las lágrimas que derrama son ya de satisfaccion y consuelo. Inclínase á la vista de su Hijo y le adora con el mayor rendimiento; le abraza con ternura, registra detenidamente su cuerpo como para ver si ya habia desaparecido todo motivo de dolor. ¡Oh! ¿qué gozo tan extraordinario es el que ocupa su alma cuando revestido el cuerpo de su Hijo de aquellos grados de gloria, *agilidad, impassibilidad, sutileza y claridad*, propias de los espíritus bienaventurados? ¡Oh! ¿qué satisfaccion tan cumplida al oír de la boca de su Hijo el modo con que habia librado á todo el mundo del poder del infierno, cómo habia encadenado su rabia, y los dulces coloquios y conversaciones que habia tenido con las almas de los padres en el seno de Abraham? ¡Oh! ¿qué júbilo tan inexplicable al saber por Jesús noticias de su esposo el patriarca san José, de sus padres san Joaquin y santa Ana, y de sus parientes y allegados!

Aunque nada de esto nos digan los Evangelistas, la Iglesia no reprueba esta piadosa creencia; antes al contrario, parece que la comprueba con las procesiones que en este día y con motivo de esta primera aparicion de Jesús á su Madre autoriza, siendo la primera la que se hace á santa Maria la mayor de Roma; y si no habia de creerse porque ningun Evangelista lo refiere, tampoco se podria creer que la Madre hubiese al Hijo resucitado, puesto que tampoco ninguno dice que ni aun después le apareciese; lo que seria un descuido muy reparable en tal Hijo con respecto á tal Madre; y tanto mas, cuando el Hijo ha colocado en primera línea en los mandamientos de su ley, después del honor y gloria de Dios, el que debemos á los padres. A mas de que no era conveniente que la Madre fuese la primera en deponer sobre la resurreccion de su Hijo, porque si las declaraciones de las otras mujeres parecieron delirios á los incrédulos, ¿cuánto mas se hubiera calumniado la de la Madre, tan interesada en el honor del Hijo? San Ambrosio afirma [1] con el gravísimo

[1] Div. Ambros. lib. 3.º de Virginibus.

peso de su autoridad, y dice: Vió Maria la resurreccion de su Hijo, la vió la primera y creyó. Sobre esto no quisieron escribir los Evangelistas, sino que lo dieron por sentado y cierto. Y san Anselmo concluye [1] diciendo: Si alguno pregunta cómo es que no dicen los Evangelistas que el piadosísimo Señor apareció primero á su Madre después de su resurreccion para mitigar los dolores que en su corazon padecia á causa de su pasion, yo diré, que habiendo hecho esta misma pregunta á varones piadosos y sabios, me han contestado: Que esos santos escritores nada superfluo escribieron en su Evangelio, y lo seria sin duda haber escrito en él que el Hijo de tal Madre, Reina y Señora del mundo, Emperatriz de los cielos y de los ángeles, le habia aparecido al resucitar de entre los muertos, enseñándole la misterio de su resurreccion. Esto hubiera sido igualar la Madre con las demás criaturas, de las cuales se dice que antes ó después las apareció.

Sabia y oportunamente habia permitido el Señor que al terremoto del sepulcro y á la vista del ángel hubiesen huido llenos de temor y espanto los guardias que lo custodiaban, para que la noticia de este tan fausto y glorioso acontecimiento se divulgase por todos los lugares con la mayor velocidad. La huida de los centinelas permitió que las piadosas mujeres que habian comprado aromas para ungir y embalsamar de nuevo el cuerpo de Jesús, pudiesen dirigirse á aquel lugar libres de todos los recelos, y que los apóstoles pudiesen verificarlo con seguridad. La mas amante se avanzó á todas y llegó al monumento la primera; mas tal vez con ánimo de llorar y desahogar á sus solas los tiernos afectos de su corazon mientras llegaban sus compañeras, que con la esperanza de ver á su amado antes que ellas, púes unas y otras habian pensado y dicho entre sí: ¿Quién nos levantará la losa que cierra la entrada al monumento? Llegó Maria Magdalena llevada en alas del amor, aun siendo oscuro ó antes de ser el día claro, y se asombró al ver quitada la piedra: no retrocedió empero, la reanimó el amor y entró; mas no viendo el cuerpo de Jesús, corrió al punto y vino á Simon Pedro y

[1] Div. Anselm. lib. de de Excellentia Virginis, cap. 6.

al otro discípulo amado del Salvador, y les dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. El ángel que aterró á los soldados no se dejó ver en esta ocasion de María; por consiguiente dijo á Pedro y á Juan lo único que podia decirles, á saber: *Se han llevado al Señor.*

Lo sospechoso de la noticia no permitió muchas treguas á los apóstoles: levantáronse y corrieron ambos, aunque el otro discípulo corrió mas que Pedro; mas á pesar de que llegó el primero, no se se atrevió á entrar, y bajándose un poco, vió los lienzos puestos y arrimados á un lado. Llegó Simon Pedro y entró, y vió los lienzos allí echados y el sudario que habia sido puesto sobre su cabeza, no con los lienzos, sino envuelto y colocado en un lugar aparte. Moderó Juan en esta ocasion los excesos de su amor, para que aquel que Jesús habia elegido para cabeza del Colegio apostólico, se instruyese el primero de todas las circunstancias y hallase las cosas en el estado en que las habia dejado el Salvador, á fin de que confrontado el hecho con las predicciones que lo habian anunciado, decidiese después con autoridad lo que de allí convenia concluir. Con la prudencia propia de quién ha de dar testimonio claro y auténtico de la verdad de un hecho sobremana interesante y glorioso, examinó Pedro lo que veia é hizo que lo observara Juan, y se convencieron ambos que de la manera que estaban colocadas la sábana y el sudario, no indicaban la precipitacion de un robo furtivo y cauteloso, sino la madurez de las mas bien tomadas determinaciones y la ejecucion de un designio admirable de la Providencia para la demostracion de un tan grande milagro. Así es que sin ver los ángeles ni á Jesús, tuvo desde luego una fe tan pura y cierta del misterio de la resurreccion, que ya se halló en estado de poder reunir á sus compañeros y asegurarles, no solo del cumplimiento de las promesas que habian oido de la boca del Maestro divino, sino de que su cuerpo no habia sido robado, sino que verdaderamente habia resucitado entre los muertos, animándoles á esperar el momento en que su divina presencia les confirmase esta verdad.

Esta fe de Pedro en esta ocasion es tanto mas laudable, cuanto es cierto que ni él ni su compañero Juan comprendian aun perfec-

tamente el sentido de las Escrituras, ni por consiguiente el modo cómo Jesucristo debia resucitar; pero es innegable que volvieron á Jerusalem llenos de consuelo, dejando con sentimiento las inmediaciones del sepulcro, dondè hubieran permanecido por mas tiempo, á no ser porque se acercaba apresuradamente el dia, y no convenia para la publicacion de la verdad de los misterios y para la seguridad de los discípulos, que fuesen sorprendidos en aquel lugar por los ministros de los judíos, dos de los mas adictos y allegados al Salvador. La amante Magdalena no se atrevió á seguirlos, y se quedó resuelta á llorar amargamente, persuadida de que de allí se habia quitado á su Maestro: poseida de pena como era regular, se inclinó y dirigió sus ojos hechos dos fuentes á lo hondo del sepulcro. No vió al dulcísimo objeto de su amor, pero diviso dos jóvenes vestidos de blanco sentados con majestuosa tranquilidad, uno en el lugar donde habia estado la cabeza de Jesús, y el otro á los piés; los que al contemplarla llorosa, la dijeron con una amabilidad que ella no comprendió: ¡Mujer! ¿por qué lloras? *Porque quitaron á mi Señor,* les responde, *y no sé dónde lo pusieron.* Mas al pronunciar estas palabras, volvió los ojos á un ruido que habia sonado, y vió á Jesús, aunque tampoco lo conoció, sino que se le figuró era el hortelano que cuidaba aquel huerto; y habiéndole este preguntado ¿por qué lloras? ¿á quien buscas? le respondió continuando la misma respuesta que daba á los ángeles: *Si tú lo has quitado, dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré.* Amaba Jesús tiernamente á María; y como para consolarla la llamó por su propio nombre y la dijo: ¡*Maria!* Nada mas fué necesario. Ella estaba como inmóvil, tenia fijos en él sus llorosos ojos, y si la engañó la presencia, no la engañó, ó mas bien la desengañó enteramente la voz: le conoció, se arrojó á sus piés para besarlos y estrecharlos como solia, y exclamó: ¡*RABONI!* esto es, Maestro. Pero apartándose un poco Jesús, la dijo: No me toques, aun no he ascendido á mi Padre; mas ve á mis hermanos y diles subo á mi Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Lo cual dicho desapareció de su vista.

Varios son los motivos que señalan algunos padres y otros escritores que pudo tener Jesús para aparecer á Magdalena después que

á su Madre y antes que á los apóstoles, haciendo que esta mujer fuese la primera anunciadora de su resurreccion. La mujer, que fué la primera que corrió á la culpa, ahora fué tambien la primera que corrió á la fuente del perdón. La primera que recibió la perfidia en el fondo de su corazon hallándose en el paraíso, es la primera que corre para vestirse de fe en el sepulcro. La que del seno de la vida arrebató codiciosa la muerte, en el sepulcro de la muerte corre á buscar las primicias de la vida. La que entonces fué rebelde, se muestra ahora una sierva tan fiel, que al parecer se olvida de sus compañeras y amigas, y en cumplimiento del precepto del Maestro las abandona para correr á dar á los apóstoles la noticia de lo que acababa de sucederle. Vuélvese pues presurosa á Jerusalem tan fuera de sí por la alegría cuanto antes lo estaba por la pena; tan traspasada por el gozo, cuanto antes lo estaba por el llanto; tan enardecida por el triunfo, cuanto antes estuvo abatida por la afrenta; tan orgullosa en fin por la completa victoria, cuanto humillada antes por la espantosa derrota: halla á los mismos apóstoles que poco antes habian corrido con ella llorando al monumento, y á otros que lloraban aun, y les dice: *Jesús ha resucitado como nos lo tenia dicho*. No lo dudeis: yo he tenido la dicha de verle, me ha llamado por mi nombre y me ha mandado que venga á daros esta felice nueva. Oid los términos en que precisamente está concebida la embajada que en su nombre y de su orden debo daros: *Marcha á mis hermanos, ha dicho, y asegúrales que voy á subir á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro*. Pedro y Juan no dudaron ni un solo instante; conocieron que este era el lenguaje del Salvador; y acordándose de que en alguna ocasion le habian oido repetir estas mismas palabras, creyeron en el instante; aunque otros mas apocados y tímidos, por mas que le oian aseverar y repetir *yo le he visto*, no la creian [1], atribuyéndolo á una imaginacion alucinada de una mujer que seguramente procedia engañada por la vehemencia de su amor.

No es posible pasar en silencio lo que con este motivo dicen los

[1] Marc. cap. 16, v. 11.

padres y doctores de la Iglesia. María, llena de amargura, abrasada de amor, é ignorando lo que debia hacer, porque sin el Maestro no podia vivir, lloraba porque no le hallaba, y no sabia dónde debia buscarle. Estaba de pié á la parte de afuera del monumento, esto es en el huerto, porque la fuerza del amor no la permitia sentarse ni echarse; y mientras estaba de pié, lloraba y se lamentaba por su Señor. Tanto era el incendio del amor que la impelia, tanta la vehemencia de la piedad que la impulsaba, tanta la eficacia de la voluntad que la arrastraba, tan fuertes las ligaduras del amor que la aprisionaban, que olvidada de la flaqueza natural de la mujer, ni el horror que debian causarle las tinieblas, ni la idea de la bárbara fiera de los perseguidores, bastó para retrarla de visitar muy de mañana el sepulcro, ni para obligarla á apartarse de él cuando los discípulos se apartaron. Porque estaba abrasada con el fuego del amor, porque en su corazon crecia cada vez mas el incendio, nada la mitigaba sino el llanto, ni nada la consolaba ni reforzaba sino el gemir y el llorar; de modo que ella pudo verdaderamente decir: *Mis lágrimas fueron mi pan dia y noche, desde que me dicen continuamente: ¿Dónde está tu Dios* [1]. Porque llorando alcanzó María todo lo que quiso. Llorando obtuvo el perdón de sus pecados. Llorando alcanzó la resurreccion de su hermano. Y llorando mereció el consuelo de saber la resurreccion del Salvador [2]. Los ojos que lo habian solícitos buscado y no le habian hallado, le llamaron con lágrimas, llorando mas porque lo habian quitado del monumento, que cuando le vieron colgado en el madero; porque ya no le quedaba esperanza alguna de volver á ver á un tal Maestro y tan digno de ser amado [3].

No son menos notables y dignas las palabras con que el grande Orígenes encomia el celo, la firmeza, el amor y la constancia de María Magdalena con motivo de su ida tan temprano al sepulcro [4]. Hemos oido, dice, hermanos, que María permaneció de pié fuera del sepulcro, y que estaba llorando. El amor la llevó, el amor la

[1] Ps. 41, v. 4.

[2] Div. August. Hom. in Sabth. Pasche.

[3] Idem. Tract. 121 in Joann.

[4] Origen. Hom. 10 in diversos.

hizo permanecer, el amor la obligó á llorar. Estaba de pié, y miraba por sí acertaba á ver al que amaba y con tanto afán buscaba. El dolor se le había renovado enteramente, y al que antes había llorado difunto, ahora lloraba robado. Este dolor era mas terrible que el primero, porque ahora ya no la quedaba esperanza alguna de consuelo. Si le había perdido vivo, esperaba verle y poseerle después de muerto; pero robado, se le robó tambien la esperanza y el consuelo; por esto no podia consolarse de la pena de no hallarle. Temia no se enfriase en su pecho al amor de Maestro que habia de enardecerse mas con solo mirarle después de muerto; lloraba por tanto con vehemencia, porque un dolor se le habia añadido á otro dolor. Los dos llevaba en el corazon, queria aliviarlos con las lágrimas y no podia. Faltábanle las fuerzas en el cuerpo y en el espíritu, é ignoraba lo que debía hacer. Pedro y Juan temieron, por eso se marcharon. María empero no temia, porque no recelaba le pudiese suceder algo porque debiera temer. Habia perdido á su Maestro, á quien amaba tan ardorosamente, que fuera de él nada podia amar ni esperar. Habia perdido la vida de su alma, y creia que ya le seria mucho mejor morir que vivir, porque pensaba que solo muriendo podria hallar á aquel que viviendo ya no podia gozar. Aquí en verdad se vió que el amor es mas fuerte que la misma muerte. ¿Qué mas podia hacer ya en María? Estaba como exánime, se habia hecho insensible. Sintiendo no sentia, viendo no veia, oyendo no oia: no estaba allí donde se hallaba, porque toda estaba donde su Maestro, y ella no sabia donde aquel se hallaba. Ya nada sabia sino amar, y por su querido llorar. Se le habia olvidado el temer, porque se habia olvidado de sí misma y de cuanto habia en el mundo menos de su amado.

Al que ama no le basta mirar una vez, dice san Gregorio [1], porque la fuerza del amor obliga á multiplicar los desvelos en la investigación. Buscó María Magdalena primero una vez y nada halló, perseveró en buscar y le sucedió el hallar. Buscando crecieron sus deseos, y creciendo cogieron el fruto que deseaban. Se inclinó para buscar, y vió dos ángeles que la vinieron á consolar; su vista

[1] Div. Gregor. Hom. 25 in Evangel.

fué principio de nuestras dichas, y la manifestacion de su dolor lo fué de nuevas glorias. Jesús la oye llorar, hablar con los ángeles, gemir y suspirar, y cuenta á su Madre, con quien hablaba, los afanes de María, y se despide de ella para ir á consolar á la discipula [1], porque Jesús es el consuelo de los que lloran, y ve correr las lágrimas de la piadosa mujer. Como la agita el amor, aparta la vista de los ángeles mismos para buscar á su amado, y entonces es cuando este se digna aparecerle, porque solo llegan á ver á Dios los que á él se convierten por el amor [2]. Volvióse y lo vió, pero no le conoció, porque le veia menos glorioso; y así su primer cuidado fué preguntar por el objeto dulcísimo de su amor, mientras el amado la preguntaba por el motivo de su llanto. Jesús la amaba, y no queriendo retardarla mas el instante dichoso, la llama por su propio nombre. María, la dice; y María le conoce. Momento dichoso. Sola la autoridad del amante soberano pudo contener los arrebatos del amor de Magdalena. Solo el amor basta al amor, y nada le satisface.

Entre tanto que el Salvador preparaba los sucesos, segun el órden de su providencia, para dar á los discípulos, aun incrédulos los mas, otras lecciones no menos importantes, las piadosas mujeres, que antes de la aurora habian salido de Jerusalem en compañía de la Magdalena con direccion al sepulcro, y se habian detenido en el camino, se acercaron hácia el huerto, y casi como olvidadas de su principal amiga y compañera, é ignorantes de todas las novedades ocurridas en aquella madrugada, se decian entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra puesta á la entrada del sepulcro? pues era sobremanera grande; y aunque contaban con este embarazo, no sabian que la Providencia habia removido este y el otro mayor, que era el haber huido los guardias que custodiaban el sepulcro; y mirando desde lejos con cuidado, alcanzaron á ver con claridad, puesto que ya habia salido al sol, que estaba quitada la piedra de la puerta del monumento, de lo que se alegraron precisamente porque creyeron que así podrian satisfacer con mas anchura los afectos de su piedad. Con esta inesperada ventaja se acercaron con cierta especie

[1] Origen. Hom. 10 in diversos.

[2] Div. Crisostom. Hom. 85 in Joann.

de alegría, aunque mezclada con algun temor; pero su sorpresa llegó á lo sumo cuando entrando en la cueva vieron á la mano derecha asentado el ángel del Señor bajo la figura de un jóven bellísimo cubierto de una ropa larga y blanca; y sobreceogidas de temor, sin saber qué hacerse, fueron de repente consoladas por el mismo mensajero celeste, que les dijo: *No tengáis miedo ni temor alguno; sé bien á lo que venisteis. Buscaís á Jesús Nazareno crucificado: resucitó segun lo habia predicho. Venid, ved, y observad el sitio donde lo pusieron.* Si, venid, bajad, vereis el paraje donde descansó vuestro Dios y mi Dios, el Dios y Señor de los ángeles y de los hombres; cercioraos por vosotras mismas, y ya que os gloriais de ser del número de sus fieles discipulas, cumplid el oficio de tales llevando á los apóstoles, y particularmente á Pedro, la noticia alegre de su resurreccion. Si, id y decidles: Resucitó nuestro Señor y Maestro; va delante de vosotros á esperaros á Galilea, allí lo vereis como os lo tiene prometido.

Mucho hay que advertir sobre este pasaje, pero no todo se puede decir. Temian, y se las aparece un ángel, pero ángel bueno, que si bien al principio las aterra con su resplandor, las alienta después con su conversacion y las alegra al fin con la fausta noticia que las da y con la importante comision que las manda desempeñar. En esto se diferencia el ángel bueno del malo, porque este aterra al principio con su horrible voz, luego engaña con falsas promesas, y al fin contrasta, porque descubierta el engaño induce á la desesperacion. Las manda no temer, como quien dice: Teman los que no aman la compañia de los ciudadanos celestiales, y oprimidos por los deseos de la carne desesperan de poderla conseguir. Vosotras empero que buscais á los siervos del Señor, y en ellos hallais vuestros conciudadanos y amigos, ¿por qué habeis de temer [1]? Vosotras que buscais á Jesús crucificado y muerto, ya temisteis bastante en su pasion y muerte: pasó el tiempo del temor y llegó el de la satisfaccion verdadera, el del gozo cumplido. Vosotras, que no le buscais triunfante, sino abatido, sabed que triunfó y se exaltó magnífica y gloriosamente. Resucitó, no está aquí [2]. Esto es,

[1] Div. Gregor. Hom. 25 in Evangel.
 [2] Div. Crisostom. Hom. 90 in Math.

por la presencia del cuerpo y de la carne, aunque de aquí no falta por la de la Divinidad y Majestad. Resucitó en cuanto á la humanidad, porque ningun daño pudo recibir en cuanto á la divinidad; y añadió *segun dijo*, para traerles á la memoria cuanto les habia manifestado anticipadamente al Señor con respecto á su pasion, muerte y resurreccion, significándoles con esto que si á él no querian dar entero crédito, lo diesen á las profecias de su Maestro, enseñándolas el lugar donde habia estado colocado, en confirmacion de la verdad que les anunciaba.

Mandólas que fuesen á anunciarlo á sus apóstoles y á Pedro para enseñarlas que no se las comunicaba tan dichosa nueva para que fuese para ellas solas el gozo y lo tuviesen encerrado en el fondo de su corazon, sino para que lo comunicasen á los que como ellas amaban y creian. Adviértase empero que no las mandó á los amadores del mundo, sino á los apóstoles y discipulos, porque á ellos estaba reservado el anunciar estos tan grandes misterios á todas las gentes y naciones del universo. Y por último, las dijo que anunciassen á aquellos les precederia en Galilea, porque queria el Señor que allí donde fué el principio del esplendor de la gracia, lo fuese tambien del esplendor de la gloria. A las mujeres manda el ángel que anuncien á los apóstoles la resurreccion del autor de la vida, porque una mujer anunció al hombre primero por la persuasion del diablo la entrada en el mundo de la muerte [1]; y así como se verificó la venida de la muerte al mundo por la sugestion del diablo á la mujer y de esta al hombre, así tambien la anunciacion de la vida se verificase por medio de un ángel á las mujeres, y por estas á los varones.

Hízose especial mension de Pedro, ya por la primacia que el Señor le habia prometido entre los apóstoles, ya porque atendida la magnitud del pecado de la apostasia no desesperase de la reconciliacion y no temblase de presentarse con los demás apóstoles á la vista del Salvador; pues se gozaba indigno del discipulado por haber negado tres veces al Maestro [2]; por lo que fué preciso llamarle expresamente. Allí le vereis, les dijo: sentencia breve segun sus

[1] Div. Gregor. Hom. 21 in Evangelia.

[2] Div. Hieronim. Hom. 16 in Marc.

silabas, pero grande en la cantidad de la promesa. Allí está preparada la fuente de nuestro gozo y de nuestra salud eterna. Allí se juntan todos los dispersos, y se robustecen los tímidos y humildes de corazón. Allí le vereis; pero no como antes le visteis, sino triunfante y glorioso, resucitado de entre los muertos, pero para no morir otra vez.

Aun en lo restante de esta narracion se nota alguna que otra muy pequeña diferencia entre los Evangelistas; todos convienen en que obedientes á la voz del ángel entraron á la gruta donde habia estado sepultado el Señor; y como no hallasen el Santo cuerpo de Jesús que buscaban, se aumentó su temor de tal manera, que salieron de allí sin atreverse á levantar los ojos para mirar otros dos ángeles fue se les aparecieron en figura humana, hasta que deslumbradas con el resplandor de sus vestidos, que eran sobremanera blancos, hermosos y resplandecientes, hubieran de fijar en ellos su atencion; y entonces las dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo y es la vida misma? No está aquí, ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo un día estando aun con vosotros en Galilea; esto es, que convenia que el Hijo del hombre fuese entregado en manos de sus enemigos, que fuese crucificado y que resucitase al tercer día. Esta advertencia les acordó la prediccion del Salvador, pero no bastó para disipar enteramente su miedo. Salieron con precipitacion del sepulcro, con gozo al mismo tiempo para ir á dar las nuevas á los discípulos; pero la celeridad con que caminaban, y el temor y el gozo de que iban llenas, no las permitió declararse á persona alguna. Marchando ellas con esta precaucion, he aquí que les salió al encuentro Jesús y las saludó diciendo: *Dios os guarde*. Mas ellas acercándose, abrazaron sus piés y le adoraron. Entre tanto las dijo Jesús: No temáis, id y notificad á mis hermanos que vayan á Galilea y que allí me verán. Marcharon pues y dieron noticia de todas estas cosas á los once y á los demás que estaban con ellos. Algunos tuvieron esta relacion como un delirio, y no creyeron lo que les decian. Las mujeres que la hicieron fueron: Maria Magdalena, y Maria, mujer de Cleofas; Juana, mujer de Chusas, intendente que fué de Herodes; Salomé, madre de Juan y Diego, y otras que ordinariamente seguian al Salvador y habian subido con

aquellos desde Galilea, y todas de comun acuerdo testificaban que Jesús habia resucitado, y que ellas habian tenido la dicha de verle y de hablarle.

Mientras que con estos y otros no menos admirables prodigios queria Jesús que se divulgase y testificase el misterio de su santa resurreccion, sus furiosos é implacables enemigos se afanaban en buscar medios, por abominables que fuesen, para desvanecerlo, destruirlo y hacerlo increíble; y á pesar de que los centinelas lisa y llanamente les habian referido que habian visto un jóven lleno de majestad que bajaba del cielo hácia el lugar donde ellos estaban, que á su llegada hizo temblar la tierra, que el terremoto dobló é hizo volar la piedra que cerraba el sepulcro, en el que ya no apareció el cadáver del Hombre que habia sido crucificado; que este espantoso ruido y la vista del jóven, cuyo semblante era resplandeciente y mas terrible que el rayo, les habia derribado, haciéndoles rotar por el suelo sin sentido y como muertos: con todo, los hombres de la iniquidad no se convencieron á vista de tan portentosas maravillas; y endurecidos cada vez mas, en vez de adorar y reverenciar el poder que triunfaba del suyo y de la muerte, determinaron hacer lo posible para impedir que se creyese el misterio de la resurreccion. Dieron á los soldados una gruesa suma de dinero para que dijese que durmiendo ellos por la noche vinieron sus discípulos y se llevaron su cuerpo: y para quitarles el miedo que debía inspirarles la confesion del delito que les aconsejaban, les aseguraron, que en el caso de que este hecho llegase á noticia del gobernador, interpondrian con él su autoridad para eximirlos de toda responsabilidad y castigo. Creyeron los dichos los soldados, y habiendo recibido el dinero empezaron á esparcir por todas partes la grosa y criminal impostura, que la perfidia de los unos atestiguaba y la atrevida necedad no rehusaba creer.

Con este motivo dice san Crisóstomo [1]: Contaron los soldados lo que les habia sucedido, para que resplandeciese mas la verdad anunciada por los mismos contrarios, á cuyo fin se verificó á su vista el terremoto y la maravillosa aparicion del ángel. Contra su pro-

[1] Div. Crisostom. Hom. 91 in Math.

pia voluntad é intencion publicaron los desiguos de la Providencia que querian impedir, y se divulgó con mayor rapidez lo que querian ocultar. ¡Oh necesidad verdaderamente estúpida y grosera! ¡Testigos dormidos presentas! Si dormian, ¿cómo vieron el hurto? Si no lo vieron, ¿cómo pueden ser testigos? Si eran guardias, ¿por qué no cumplieron con su deber y detuvieron los ladrones? ¡Ah! Ellos mintieron sobre su cabeza, pues no eran tan condescendientes que si hubiesen visto ladrones no los hubiesen detenido. En verdad que cuanto decian no presentaba sino el aspecto de la mentira. Si los discípulos eran hombres idiotas y pobres, y como discípulos de Cristo atorrecidos, ¿cómo habian de atreverse á robar el cuerpo de su Maestro? Si aun viviendo él huyeron por el temor de los soldados, ¿cómo habian de llegar después de muerto al lugar que estos en tanto número guardaban? De aquí se desprende que los judfos maquinaban algo mas que la muerte de Crisio. Maquinaban tambien la perdicion de los apóstoles, cuando querian complicarlos en el crimen del hurto. Abandonó la Sinagoga los soldados negligentes y criminales, y se entregó á sí misma á la burla y al desprecio. Los discípulos recobraron al Maestro, no por el hurto, sino por la fe; no por el fraude, sino por la esperanza; no por el crimen, sino por el amor; por esto le recobraron vivo y no muerto.

La malicia y la perfidia de los sacerdotes y escribas se extendió aun á mas; quisieron comprar, y compraron efectivamente con dinero, el silencio de los soldados; mas no se crea que fué dinero propio, sino dinero de los tesoros del templo; dinero de las oblaçiones de los pobres, y el que debía servir para la mayor gloria del Señor, se expendió para que se coronase su afrenta. Con dinero compraron su sangre, con dinero compraron la mentira que oscurecia su gloria. Sobre lo que dice san Jerónimo: Los soldados confiesan el milagro. Los que en su vista debian convertirse y hacer penitencia buscando al resucitado, perseveran en la malicia, y convierten en redencion de la mentira la moneda que se habia dado para subsidio del templo, así como habian invertido antes las treinta monedas de plata en la compra de un traidor [1]. No nos mara-

[1] Div. Hieronim. in cap. 28 Math.

villemos pues, continúa san Crisóstomo, de que las monedas pudiesen tanto en el corazon de los soldados, cuando tanto pudieron en el de Judas, que de apóstol y discípulo de Cristo le convirtieron en traidor. Nada hay cerrado ó oculto que por medio del dinero no se abra, revele y manifieste [1].

Así que para convencimiento de la realidad de este tan glorioso é importante suceso, para cerrar enteramente la boca á la malicia engañosa de los escribas, Jesús después de su pasion se mostró vivo á sus apóstoles, dándoles muchas pruebas de su resurreccion por espacio de cuarenta dias, comiendo y hablando con ellos acerca del reino de Dios, esto es, sobre la constitucion y gobierno de su Iglesia [2]. Y fué visto en el trascurso de aquellos por muchos que habian subido juntamente con él desde Galilea á Jerusalem [3]. Y se apareció á Cefas, y después de esto á los once, y otra vez se mostró á mas de quinientos humanos juntos, de los cuales decia san Pablo á los de Corinto, viven todavía muchos y los demas murieron [4]. Después se manifestó á Jacobo, luego á todos los apóstoles. Y últimamente, como á abortivo y el mas pequeño de todos ellos, se me apareció á mí. Todos los cuales hasta ahora dan testimonio de él al pueblo [5], esto es, todos sus pregoneros y anunciadores de su resurreccion, de la que somos testigos.

Una de estas grandes é importantísimas apariciones para sanar las incredulidades de sus discípulos, tuvo lugar en el mismo dia de su resurreccion, y fué acompañada de circunstancias muy interesantes. Dos de sus discípulos, queriendo al parecer distraerse de la gran melancolía de que estaban preocupados sus ánimos, iban por la tarde hácia la aldea de *Emaus*, distante dos leguas de Jerusalem. El uno de ellos se nombra, y como se cree, segun san Ambrosio [6], que el otro era el propio historiador de este suceso (*san Lucas*), se calla su nombre por humildad. Iban hablando como era regular de los sucesos que en aquellos dias se habian verificado en

[1] Div. Crisostom. Hom. 91 in Math.

[2] Actor. cap. 1, vs. 3 et 4.

[3] Idem. cap. 13, v. 20.

[4] Div. Paul. Epist. 1^a ad Crinth. cap. 15, vs. 5 et 8.

[5] Actor. cap. 13, v. 31.

[6] Div. Ambros. in cap. 24 Luce.

la gran ciudad, y á lo mejor se les juntó en el camino un hombre para ellos entonces desconocido y les preguntó qué hablaban, de dónde venían, y cuál era el motivo de la tristeza tan grande que manifestaban en su semblante. Ella, no hay duda, era indicio de su amor al Maestro, porque le amaban de veras, le veían, pero porque dudaban no le conocían, y por esto el Señor tuvo ocasion de preguntarles sin ser conocido. Las preguntas de Jesús fueron como un motivo de que se aumentase mas la pena de sus apóstoles, pues creían que ninguno de los que en aquellos dias habian frecuentado la ciudad, podia dejar de saber lo que en ella habia sucedido; así pues, uno de los dos llamado Cleofas, le respondió como quejoso y apesadumbrado, y le dijo: ¿Es posible que entre tantos extranjeros como ha habido estos dias en Jerusalem, tú solo ignores lo que en ella ha sucedido?

Llevó Jesús adelante su plan; y como aparentando ignorarlo todo, le dijo: Y bien, ¿qué es lo que ha pasado? Y entonces Cleofas comenzó á manifestarle el grandioso motivo de su pena, esplanándole todos los sucesos de la pasion y muerte de Jesús, diciendo: Hablábamos de lo que ha sucedido á Jesús Nazareno, que fué un hombre sin igual, un gran profeta, poderoso en obras y palabras, aprobado por Dios y amado de todo el pueblo. Peregrino le juzgaron, dice el venerable Beda [1], porque desconocieron su semblante; y en verdad era ya peregrino para ellos, porque lleno de la gloria de la resurreccion, distaba mucho de la fragilidad de la naturaleza humana; y como extraña su fe al misterio de la misma resurreccion, se les presentaba como extraño. Y adviértase que solo le dan el nombre de profeta callando el de Hijo de Dios, ó porque no creían perfectamente, ó por no caer en manos de los judíos; pues ignorando quién era aquel con quien hablaban, celaban la verdad de su creencia y la escondían en el fondo de su corazon; mas á pesar de todo, ellos continuaron. Nuestros pontífices, sacerdotes y magistrados lo trataron indignamente, y después de haberle entregado á Pilatos, le hicieron condenar injustamente á que muriese en un cruz entre dos ladrones. Su muerte nos ha llenado de terror y consternacion,

[1] Ven. Bed. in cap. 24 Lucæ.

nacion, pues vivíamos en la esperanza de que él era el que habia de redimir á Israel; pero ya vemos como perdidas nuestras esperanzas, por ser hoy el tercero dia que corre después de tales acontecimientos. Bien es verdad que algunos mujeres de los nuestros nos han causado hoy mismo mucha admiracion, las cuales antes del amanecer fueron al sepulcro, y no encontrando su cuerpo vinieron diciendo: Que habian tenido allí una vision de ángeles, los cuales decían que Jesús habia resucitado y estaba vivo, y fueron algunos de los nuestros al monumento y hallaron ser cierto lo que las mujeres habian dicho; mas á él no le vieron. ¿Pero quién ha de creer una maravilla tan grande que se apoya en tan débiles testimonios?

La desconfianza de estos dos discipulos habia llegado al extremo, y no podia curarse sino con remedios fuertes y algo violentos: aprovechó por tanto el Señor esta ocasion para reprender su incredulidad é instruirlos oportunamente, y así les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazon para creer los oráculos de los profetas! Necios, por la ceguedad de vuestro entendimiento; tardos de corazon, por la frialdad de vuestros afectos; y uno y otro, porque todavía no comprendéis bien lo que está escrito sobre los misterios de la pasion, muerte y resurreccion de Jesús. Por ventura, ¿no fué necesario que Cristo padeciera todo esto y que así entrara en su gloria? Puede ser que vosotros no podais concordar las humillaciones del Mesias con sus grandezas, y las ignominias de su muerte con las glorias de su resurreccion; y así les fué declarando é interpretando todos los pasajes de la Escritura que hablaban de él, comenzando desde Moisés y concluyendo por los profetas.

Diciendo estas cosas, caminaba siempre con ellos hasta que llegaron cerca de la aldea á donde se dirigian: entonces hizo ademán de quererlos dejar y pasar mas lejos, lo cual no fué finimiento, sino una leccion muy importante, para enseñar por este medio á los discipulos cuanto desea que se le pida cuando se desea la dicha de poseerle y tenerle consigo, dándoles al mismo tiempo ocasion de practicar la hospitalidad tan recomendada por los judíos, preparándoles de este modo y haciéndoles dignos de la gracia que les queria conceder. Ellos efectivamente procuraron entonces detenerle con mucho empeño, rogándole con la mayor eficacia que se queda-

se en su compañía, porque era ya tarde y se acercaba la noche, á cuya instancia condescendió el Señor: entró con ellos en la misma casa y aun tuvo la bondad de comer en su compañía. Así que, asentándose en la mesa, tomó al punto uno de los panes sin levadura que en ella habia, pues no les era permitido á los judíos tomar otro durante la Pascua; y bendiciéndole, lo partió entre todos, con cuya acción les pareció que se abrían sus ojos, y conocieron al instante al Señor, mas él se desvaneció y desapareció de su vista.

Todas estas cosas que practicó Jesús con sus dos apóstoles en esta admirable jornada, todas tienen grandes é importantes significaciones. Estrecha era ya aquella puerta y sobremanera pequeña para que entrase por ella en un castillo de la tierra el que por la mas estrecha y angosta, cual era la de su pasión y muerte, habia entrado en los eternos palacios de la gloria. Deliran pues, y deben ser reputadas por personas de poco juicio, las que sin padecer tribulaciones desean entrar en la gloria ajena, cuando Cristo sin ellas no entró en la suya propia. Convino que padeciese mucho para entrar en su reino natural; por consiguiente debemos tambien nosotros padecer mucho para entrar en el mismo reino de Dios que se nos da de gracia [1]. Ejemplo tenemos de esto en todos los amigos y amados de Cristo que por el camino de la pasión voluntaria llegaron al reino de Dios; porque en efecto hubiera sido cosa muy extraña que los miembros resistiesen entrar por donde entró la cabeza, ó los vasallos no quisieran entrar por la puerta por donde entró su Rey. Y san Bernardo añade: Cristo nuestra cabeza entró en el cielo por el camino de la pasión; sería pues soñar creer que por otro podríamos llegar allá [2].

Desapareció Cristo de la vista de los dos apóstoles, y solo les quedó la confusión de su incredulidad y el desconsuelo de no poder gozar mas de su amable compañía; por esto empezaron á decir entre sí entonces pasmados de su ceguedad: ¿No sentimos nosotros en nuestro interior un fuego ardiente, pero secreto, que ilustraba el espíritu y abrasaba el corazón durante el tiempo que hablaba con nosotros en el camino? ¿Cómo pudimos dejarle de conocer cuando con

[1] Ven. Bed. in cap. 24 Luc.

[2] Div. Bernard. Serm. de Pasione.

tanta maestría nos esplanaba y desenvolvía el sentido de las Escrituras [1]? Oyendo sus discursos se inflama el ánimo, desvíase el frío de la torpeza, el alma se enardece cada vez con deseos santos, y alejada de los de la tierra, desea oír con mas libertad los preceptos y los consejos celestiales, que como hachas abrasadoras, continuamente la foguean [2], y esta es la razón porque en el mismo momento, aguijoneadas por este fuego interior, se levantaron de la mesa y regresaron á Jerusalem, donde hallaron congregados á los demás, y algunos otros fieles que se habian reunido con ellos, y les decian: Resucitó verdaderamente el Señor y se dejó ver de Simon, Pedro. Los otros dos añadieron oportunamente su testimonio, contando cuanto les habia pasado en el camino, y como llegaron á conocerle en el modo de partir el pan. Sin embargo, algunos de ellos ni aun por esto creyeron el misterio que se les anunciaba.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que rotas las ligaduras de la muerte glorificaste tu cuerpo, y con gloria tan inefable resucitaste: yo, miserable pecador, te ruego y suplico por tu santísima resurrección, me des gracia, para que levantándome de la muerte de los vicios, florezca siempre en virtudes y resucite á una nueva vida, y que siempre busque y guste los bienes eternos y no los perecederos de la tierra: ruegote tambien por la virtud inmensa de tu claridad, purgues mi alma de las tinieblas de los pecados, y en el dia de la resurrección universal me resucites para la gloria, para que en el cielo y en el alma me pueda yo gozar contigo para siempre. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XXVIII de san Mateo, desde el versículo 1 hasta el 15. En el XVI de san Marcos, desde el versículo 1 hasta el 13. En el XXIV de san Lucas, desde el versículo 1 hasta el 35. Y en el XX de san Juan, desde el versículo 1 hasta el 18, todos inclusive.

[1] Origen. Hom. 7 in Exod.

[2] Div. Gregor. Hom. 30 in Evang.

La Iglesia usa del texto de san Mateo en la misa del sábado Santo, desde el versículo 1 hasta el 7. De el de san Marcos, para el Evangelio de la misa del domingo de Resurrección, desde el versículo 1 hasta el 7. De el de san Lucas, para el de la misa del lunes de Pascua, desde el versículo 13 hasta el 35. Y de el de san Juan, para el de la misa del sábado *In Albis*, desde el versículo 1 hasta el 9; y para el de la misa de la feria quinta después de Pascua, desde el versículo 11 hasta el 18, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO SANTO.

San Mateo, cap. XXVIII, vs. 1 al 7.

En el primer día de la semana al amanecer, pero siendo aun oscuro, vino María Magdalena con la otra María á visitar el sepulcro. Y al punto se sintió un gran terremoto, porque el ángel del Señor bajó del cielo; y llegando, apartó la piedra y se sentó sobre ella. Su rostro brillaba como el relámpago, y sus vestidos eran blancos como la nieve. Y aterrados los guardas del miedo que le tuvieron, quedaron como muertos. Mas dirigiéndose el ángel á las mujeres, las dijo: Vosotros no temais, porque sé que buscáis á Jesús el que fué crucificado. No está aquí, porque ha resucitado segun predijo. Venid y ved el lugar donde estuvo puesto el Señor, y ahora id sin deteneros á decir á sus discípulos que ha resucitado, y él va delante vosotros á Galilea: allí lo vereis, ved ahí que os lo prevengo.

EVANGELIO PARA LA MISA DE LA DOMÍNICA DE LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

San Marcos, cap. XVI, vs. 1 al 7.

En aquel tiempo María Magdalena y María, madre de Jaime, y Salomé, compraron aromas para ir á ungrir á Jesús. Y partiendo al amanecer en el primer día de la semana, llegaron al sepulcro después de salido el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos apartará la

piedra de la puerta del sepulcro? Y mirando, vieron que estaba quitada la piedra, la cual era en verdad muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado á la mano derecha vestido de una ropa blanca, y quedaron atónitas. El cual las dijo: No temais; ¡buscáis á Jesús Nazareno crucificado? Ya resucitó, no está aquí; ved ahí el lugar donde le pusieron. Mas id, decid á los discípulos y á Pedro que él irá delante de vosotros á Galilea; allí lo vereis como os lo dijo.

EVANGELIO DE LA MISA DEL LUNES DE PASCUA DE RESURRECCION.

San Lucas, cap. XXIV, vs. 13 al 35.

En aquel tiempo dos de sus discípulos de Jesús iban el mismo día á una aldea que distaba de Jerusalem sesenta estadios, y se llamaba Emmaus. E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habian acaecido. Y sucedió que yendo hablando entre sí y preguntándose el uno al otro, se llegó el mismo Jesús é iba en compañía de ellos; mas los ojos de ellos estaban de tal manera impedidos, que no pudiesen conocerle, y díjoles: ¿Qué conversaciones son esas que caminando lleváis entre los dos, y estais tristes? Y respondiendo el uno que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Tú solo eres tan extranjero en Jerusalem, que no sabes las cosas que en ella han pasado en estos dias? Díjoles él: ¿Qué cosas son estas? Y dijeron: De Jesús Nazareno, el cual fué un varon profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los sumos sacerdotes y los magistrados para que le condenasen á muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperáramos que él era el que habia de redimir á Israel, y ahora sobre todo esto es hoy el tercero dia que esto ha acontecido. Aunque tambien unas mujeres de nuestra compañía nos han aterrado, las cuales antes del dia fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo que tambien habian tenido una vision de ángeles, los cuales dicen que vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro y hallaron ser así como las mujeres habian dicho; mas á él no le encon-

traron. Entonces él les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Por ventura no era menester que padeciese Cristo estas cosas y que así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés y de todos los profetas, les declaró lo que se había dicho de él en todas las Escrituras. Y se fueron acercando á la aldea donde iban. Y él fingió que iba mas lejos. Mas le detuvieron por fuerza diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace ya tarde y va á cerrar la noche. Y entró con ellos. Y aconteció que estando á la mesa con ellos, tomó el pan, y le bendijo, y partió, y les daba de él. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Y decían entre sí: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al punto regresaron á Jerusalem y hallaron congregados á los once y á otros de su séquito que decían: El Señor ha resucitado verdaderamente y ha aparecido á Simon. Entonces ellos les contaron lo que había sucedido en el camino, y cómo le conocieron en el partir el pan.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO *In Albis.*

San Juan, cap. XX, vs. 1 al 9.

En aquel tiempo, el primer día de la semana, María Magdalena fué de mañana al sepulcro. Corrió pues, y fué á Simon Pedro y al otro discípulo á quien amaba Jesús, y les dijo: Llevado han al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto. Salí pues Pedro y el otro discípulo y fueron al sepulcro. Y corrían los dos juntos; mas aquel otro discípulo corrió mas aprisa que Pedro y llegó antes que él al sepulcro. Y habiéndose bajado á mirar, vió los lienzos en el suelo y el sudario que había estado sobre su cabeza, no junto con los demás lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces entró tambien el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y lo vió y creyó, porque aun no sabían la Escritura que era menester que él resucitase de entre los muertos.

EVANGELIO DE LA MISA DEL JUEVES DESPUES DE PASCUA.

San Juan, cap. XX, vs. 11 al 18.

En aquel tiempo estaba María llorando fuera, cerca del sepulcro. Y llorando como estaba, se inclinó á mirar el sepulcro y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno á la cabeza y otro á los piés, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Dícenle ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Respondióles: Porque se han llevado á mi Señor y no sé dónde lo han puesto. Habiendo dicho esto, volviéndose hácia atrás vió á Jesús en pié; mas no sabia que era Jesús. Dícele Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde le has puesto y yo le llevaré. Dícela Jesús: María. Volvióse ella y le dijo: *Rabóni*, que quiere decir Maestro mio. Dícele Jesus: No me toques, porque aun no he subido á mi Padre. Mas vé á mis hermanos y díles subo á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro. Vino María Magdalena contando á los discípulos, que he visto al Señor y me ha dicho estas cosas.